El libro de Salomón

Domingo Miras Molina

PERSONAJES

JERÓNIMO DE LIÉBANA, *pícaro adulto y hechicero de arte menor*.

ÁNGELA DE AYALA, *su ayudante ocasional*.

MARÍA MARTÍNEZ, *madre de la anterior y criada de la casa*.

GUARDIA 1.º, *agente del orden*.

ALGUACIL, *autoridad gubernativa*.

GUARDIA 2.º, *agente asimismo de la fuerza pública*.

EL CURA, *hermano de Jerónimo de Liébana*.

EL ALCAIDE, *principal autoridad de la cárcel de Cuenca*.

DON JUAN ENRÍQUEZ, *Alcalde Mayor de Cuenca*.

CONDE-DUQUE DE OLIVARES, *Ministro de S. M.*

DON JERÓNIMO DE VILLANUEVA, *Protonotario de Aragón*.

EL REY DON FELIPE IV, *Rey de España y de las Indias*.

CALABACILLAS, *su bufón*.

DON JUAN DE AUSTRIA, *lo mismo*.

DON LUIS DE MONTALVO, *del Consejo de la Inquisición*.

PAREJA, *escribano*.

CRIADO 1.º, *que cava la tierra haciendo un hoyo*.

CRIADO 2.º, *lo mismo*

FRAY ANTONIO DE SOTOMAYOR, *confesor de S. M.*

UN CABALLERO, *espectador de un auto de fe*.

DAMA 1.ª, *que comparte el espectáculo con el anterior*.

DAMA 2.ª, *lo mismo*.

RELATOR 1.º, *cargo subalterno de la burocracia del Santo Oficio.*

RELATOR 2.º, *lo mismo.*

VOZ DE UN CARCELERO.

LA TULLIDA, *fantasmal consoladora de infortunios extremos*.

INQUISIDOR GENERAL.

Monjas, voces varias, otros criados, alguaciles, corchetes, guardias, frailes, gente del pueblo.

La acción, en varios lugares de España, durante los años del Señor de 1631 y 1632.

Escena I

Habitación humilde y sucia de desconchadas paredes con apariencia de desván o cuarto trastero, a juzgar por los heterogéneos objetos que se amontonan junto a sus muros. Ante una pobre mesa revestida con un paño blanco que apenas cubre el tablero, JERÓNIMO DE LIÉBANA **celebra la santa misa. Es un hombre de cuarenta y tantos años, aspecto tosco, entrecano y barbudo. Dos velas a los lados, el Evangelio y los demás objetos del culto cubren casi enteramente la superficie disponible. El oficiante despacha el rito rápida y rutinariamente, musitando entre dientes los latines que atropella, mutila y desfigura con monótono acento. Una moza arrodillada es el único asistente a la ceremonia; se trata de** ÁNGELA DE AYALA, **fregatriz de dieciocho años bien desarrollados. Está en camisa y un velo blanco cubre su cabeza y buena parte del rostro; en la mano derecha sostiene una vela de cera blanca que, con las del altar, son la única iluminación del mezquino aposento, que carece de ventanas.**

LIÉBANA.- **(Acompañándose de los actos rituales de la comunión.)** Domini, non sum dignus ut intres subtectum meum: sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea... Corpus nostri Jesuchristi custodiat animam meam in vitam aeternam, amen... Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi... Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo. Laudus invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero... Sanguis Domini nostri Jesuchristi custodiat animam meam in vitam aeternam, amen... Quod ore sumsimus, Domine, pura mente capiamus: et de munere temporali fiat nobis remedium sempiternum... **(Volviendo repentinamente la cabeza hacia su feligresa.)** Eh, tú, ven aquí, que me has de echar una mano.

ÁNGELA.- **(Un poco aturdida.)** ¿Quién, yo?

LIÉBANA.- Sí, tú, quién va a ser. Ven, te digo.

ÁNGELA.- **(Titubeante, mientras se levanta.)** ¿Y qué hago con la vela?

LIÉBANA.- Tráetela, boba, y mira que no se apague. **(Se acerca la moza, protegiendo la llama con la mano izquierda.)** Atiende, toma esta jarrilla y echa un poco de agua aquí **(Le ofrece el cáliz.)** Así, ya basta, ya, no eches más. Mucho has puesto. Anda, vuelve a tu sitio, putica **(Le da un azote o palmada en el trasero cuando ella se ha vuelto.)**

ÁNGELA.- ¡Jesús, qué hace!

LIÉBANA.- ¡Suum cuique tribuendi!

ÁNGELA.- A poco me apaga la luz.

LIÉBANA.- La luz, la luz... camina, perillana, ponte como denantes y recógete. **(Se vuelve al altar y prosigue con el rito.)** Corpus tuum, Domine, quod sumpsi, et Sanguinis, quem potavi adhereat visceribus meis: et praesta, ut in me non remaneat scelerum macula, quem pura et sancta refecerunt sacramenta: Qui vivis et regnnas in saecula saeculorum. Amen. **(Apura el cáliz y lo enjuga con un paño. Lo deposita en el altar y se vuelve hacia la devota.)** Dominas vobiscum. **(Se contesta a sí mismo.)** Et cum spiritu tuo **(De nuevo frente al altar.)** Sumpsimus, Domine, sacri dona mysterii, humiliter deprecantes: ut, quae in tui commemorationem nos facere praeceptisti, in nostrae proficiant infirmitatis auxilium: Qui vivis. **(De nuevo hacia la asistente.)** Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo. Ite, misa est. Deo gratias. **(La bendice.)** Benedicat vos omnipotens Deus Pater, Filius et Spiritus Sanctus. Amen. Espera, no te muevas, que vas a comulgar.

ÁNGELA.- **(Tímida.)** ¿No ha sido algo corta, esta misa?

LIÉBANA.- ¿Te ha sabido a poco? Hay preces de relleno que no vienen al caso y se pueden dejar. **(Se está sacando por la cabeza la casulla y colocándola sobre el altar tras despejar uno de sus extremos.)** Yo sé lo que me hago, muchacha. Más Sagrada Teología sé yo que muchos canónigos finchados que pasean los Cabildos. **(Abre una cajita, extrae de ella una hostia, y toma la patena con la otra mano. Acercándose a la arrodillada.)** Tú no me crees, ¿eh, bribona?

ÁNGELA.- ¡Ay, don Jerónimo, qué dice!

LIÉBANA.- **(Junto a ella.)** Anda, recógete. Corpus Domini Nostri Jesuchristi custodiat animam tuam in vitam aeternam, amen. **(Le da la comunión. Volviéndose hacia el altar.)** Trágate ya el Divino Cuerpo, que el tiempo vuela. Se nos va a pasar la hora del sol, y antes he de preparar las plumas. **(Viendo a** ÁNGELA **esforzándose en tragar.)** Pero, muchacha. ¿se te atraganta la obleíca? Paso, paso, ensalívala bien, verás cuan pronto pasa. Ya está. ¿ves? Ya tienes en tu pecho a Cristo Nuestro Señor. En este punto estás aparejada para contemplar lo que pocos han visto y pasmarte con los prodigios de la ciencia.

ÁNGELA.- ¿Puedo ya dejar la vela?

LIÉBANA.- No, no, no la dejes, sino tenla y sostenla en la mano, que alumbre tu pureza. El velo si te puedes quitar, dámelo. Con la santa misa recién celebrada y los dos bien comulgados, no podrá Dios dejar de asistirme en la práctica de los secretos que Él mismo mostró a Salomón.

ÁNGELA.- Dice mi madre que las misas y comuniones de su merced no valen ni tienen virtud por no ser ordenado sacerdote.

LIÉBANA.- Tu madre es una criada ruin y habla como lo que es. ¡Miren qué doctora en Teología! ¡La criada de mi hermano! ¡Ah! ¿Y es que mi hermano no es cura? ¿Eh? Vamos, bobica, contesta.

ÁNGELA.- Su hermano sí lo es, él sí.

LIÉBANA.- **(Rotundo.)** Pues si mi hermano es sacerdote, algo de sacerdote tendré yo también, ¿no? Por lo menos, la sustancia humana sacerdotal, ésa no hay quien me la quite. Y si a eso le añadimos todos mis saberes litúrgicos y teológicos, a ver quién puede disputarme a mí el santo sacerdocio y la plenitud de sus potestades y derechos con el pertinente disfrute de sus beneficios espirituales y temporales. No sé si entiendes tú estas cosas, pero a lo menos tendrás que creerlas por la autoridad de mi ministerio y la fidelidad de tu condición de cristiana. ¿Eh? ¿Qué dices? Vamos, di algo.

ÁNGELA.- Yo nada digo sino lo que oí a mi madre.

LIÉBANA.- Ya hablaré yo con tu madre, y la pondré bien derecha, que tiene más malicia y más bellaquería que sal en la mollera. Yo la enseñaré a respetarme, por Dios.

ÁNGELA.- ¿Y no fue respetarle darle las sortijas y lo demás para que resultase luego lo que resultó? ¡Unas sortijas que pidió prestadas!

LIÉBANA.- Ahí, ahí le duele, ahí. Mucha codicia y poca fe, eso fue lo que echó a perder el buen fin de aquel trabajo.

ÁNGELA.- ¡Oh, y qué lindo trabajo! Le dejó su merced aquellas cestas tapadas y cosidas, y cuando ella las abrió estaban llenas de cantos del río. ¡Y aún porfía en que siga creyendo en sus embustes!

LIÉBANA.- **(Enfadado, la toma por los hombros y la zarandea.)** Ay, bribona, que eres tú peor que ella. ¿Embustes, dices? ¿Embustes? **(Más tranquilo.)** Mil veces te lo he dicho, y ha sido predicar en desierto: las abrió antes de tiempo, llevada de su avaricia, y por no estar maduro el desencanto del tesoro, el oro se transformó en piedras. Suya fue la culpa, bien se lo advertí yo que había de esperar hasta la nueva luna, pero se ve que me escuchó cual si oyese llover a pesar de que se lo había repetido y porfiado hasta cansarme. Suya fue la culpa, y bien suya.

ÁNGELA.- De necesitada hizo la pobre, que no de maliciosa.

LIÉBANA.- De necesitada y de ignorante, y también de borrica, como de borrica hace cuando ahora tira coces.

ÁNGELA.- No la aborrezca, señor, que ella lo quiere bien.

LIÉBANA.- Y así debe ser, muchacha, que por ella hago lo que por nadie haría. Pero, dime, ¿y tú? ¿Me quieres tú también? ¿Eh?

ÁNGELA.- Yo, señor... ya se lo tengo dicho.

LIÉBANA.- Tu madre es la que me dice que me quieres, pero de tu boca no lo oigo. **(La acaricia.)** ¿Me quieres tú, prenda? ¿Te casarías conmigo? **(Suenan diez campanadas que cuenta mentalmente.)** ¡Las diez! Di, ¿te casarías?

ÁNGELA.- Si mi madre me lo dijese.

LIÉBANA.- Te lo dirá, te lo dirá, yo me cuidaré de eso. Y aún sin que te lo dijese lo harías en queriendo yo, que harto sé la manera de encenderte en amores y ligarte a toda mi voluntad con un hechizo más fuerte que todas las potencias del mundo, pero dejemos esto y vamos a lo que ahora nos importa, que me haces hablar más de lo que quiero.

ÁNGELA.- ¿Puedo ya levantarme?

LIÉBANA.- No, niña, sino en esa postura reverente conviene que permanezcas mientras obro estas santas operaciones, que voy a exorcizar estas dos plumas de cisne, que de cisne es forzoso que sean para hacer el pentagrama que se precisa para la averiguación de los tesoros ocultos. Ahora verás si soy, o no soy yo perito y licenciado en este arte que tan pocos y tan escogidos conocen.

ÁNGELA.- ¡Ave María!

LIÉBANA.- ¿Tienes miedo, palomica? Nada has de temer, que esto es cosa santísima. Mira, mira este libro. Dios se lo dictó al sabio rey Salomón y él lo escribió para su hijo el príncipe Roboam. Aquí está toda la sabiduría del mundo de abajo y del mundo de arriba. Si supieras leer, verías que aquí dice «Clavícula Salomonis», ¿ves? Aquí. Es el nombre latino del libro, que viene a ser en romance como decir la llavecica de Salomón, aunque a mí no me parece bien que se nombre «llavecica» a una llave tan grandísima y tan toral que es llave maestra y maestra de maestras, de manera que por reverencia y respeto yo llamo al libro la Llave de Salomón, y aún me queda el temorcillo de si me quedo corto.

ÁNGELA.- Pues el libro es más bien chico, que parece cuaderno más que libro.

LIÉBANA.- Todo él está copiado y escrito de mi mano, como debe ser. Ahora mira y no digas palabra. Esa vela, bien derecha. **(Toma las plumas y las inciensa.)** Así, bien incensadas. **(Coge un frasco opaco.)** Aquí está la sangre de cordero que esta mañana te dio Antoñico Bernardo, **(Las moja en ella. Con voz solemne.)** Hamatiel, Hel, Miel, Ciel, Joniel, Nasnia, magde tetragrammatón, deus magnus et potens, exaudi preces meas et benedic **(Se santigua.)** ionis tuae fructum his calamis impertire digneris, amen. **(Seca las plumas.)** Así, bien sequitas. Esta hora vulgar de las diez de la mañana es la hora del sol para los lunes, que son las cinco de las horas planetarias. Se llama Sadedali, y la preside el ángel Miguel. No dejemos que se pase, o no habremos hecho nada. **(Se aplica con gran diligencia a poner a punto una serie de preparativos: extiende sobre el suelo un paño blanco que previamente desdobla, y sobre él coloca, bien estirada, una especie de piel o pieza de cuero curtido.)** Piel de cordero, de un cordero que se mató en el mes de marzo...

ÁNGELA.- ¿Y cómo sabe eso?

LIÉBANA.- ¿Y no lo he de saber? Buena diligencia puse yo en aquellos días en comprar a Antonio tres o cuatro de las pellicas de los borregos que mató. ¿No ves que si no fuera así no aprovecharía mi trabajo? Estas cosas son de mucha puntualidad y de grandísimo cuidado, como que son cosas de Dios. Mira, tinta amarilla, aquí la traigo aparejada y dispuesta, que sólo con ella se puede hacer este pentagrama.

ÁNGELA.- ¿Y eso qué es?

LIÉBANA.- Una pintura de signos mágicos que tiene una cierta virtud. Hay muchas clases de pantagramas, y cada una de ellas tiene su virtud propia y su propio poder para unas cosas u otras. ¡Oh, cómo se enrolla la hideputa!

ÁNGELA.- ¿Quiere que le ayude?

LIÉBANA.- No, no, quédate ahí, no te muevas. La sujetaré con alguna cosa **(Pone en los cuatro extremos de la piel objetos que toma de donde puede, escogiéndolos entre los amontonados cachivaches más cercanos.)** Ay, loado sea Dios, ahora viene la parte principal **(Se santigua.)** Casi tengo miedo de empezar...

ÁNGELA.- Pues si su merced tiene miedo, qué seré yo.

LIÉBANA.- Calla, sandia, miedo me da de mi torpeza, no de otra cosa. Pintar un pantagrama es cosa delicadísima, y un pelo que se me vaya la mano lo dará todo al diablo. **(Se registra las faltriqueras y saca unos papeles que desdobla.)** Aquí traigo unos patrones preparados para que el círculo y el cuadrado me salgan perfectos y tan puros como fueron paridos por la Divina Inteligencia, sin sombra de abolladura o trasquilón. ¡Oh, cuerpo de mi padre, que no pudieran verme tantos zascandiles que los pintan a pulso y sacan unas figuras tan contrahechas y torcidas como el alma de Judas!

ÁNGELA.- ¿No me acerco con la vela, que vea mejor?

LIÉBANA.- Eso sí, mira. Llégate acá y ponte como denantes, y aún podrás con la otra mano sostener el frasco de la pintura, que no se me vuelque. Pero sujétalo fuerte, no lo vuelques tú. **(Comienza su labor, pintando en torno de un círculo de papel que sujeta sobre la piel, mojando de vez en cuando las plumas en el frasquillo que sostiene la muchacha.)** Este que estoy haciendo es el pantagrama Lonfoniel Badiel, que es uno de los más poderosos. Tiene más fuerza que el Eloa Jambo, y no digo más. **(No deja de pintar en torno al círculo, con gran atención.)** Cuando lo tenga hecho y me lo ponga encima del cuerpo por debajo de la ropa, podré ser si se me antoja el valido de todos los reyes y príncipes que quiera, y además me será de mucha ayuda para encontrar tesoros, conque ya ves si el pantagrama es grano de anís. **(Termina de cerrar el círculo.)** ¡Ajá! **(Retira con cuidado el papel.)** Mira, mira qué redondo y qué bien ha quedado, ¿eh? Más derecho anduviera el mirado si así se hicieran todas las cosas **(Prepara otro papel.)** Y ahora, el cuadrado. Este cuadrado ha de quedar en medio del círculo, tocándolo con sus cuatro picos. Ya lo traigo yo bien dibujado y recortado a tijera con su tamaño justo, que ni una tilde le falta ni le sobra. ¿Ves? Mira cómo encaja, enteramente de molde.

ÁNGELA.- Y cómo no, si el propio papel es el molde de lo que ha pintar.

LIÉBANA.- Pues eso estoy diciendo, rabisalsera, no pienses que tú me das a mí lecciones, ¿o es que acaso no sé yo lo que es un molde? **(Se pone a pintar: Pausa.)** ¿Te has quedado muda, o es que estás mohína por lo que te he dicho?

ÁNGELA.- Yo, no, señor; pero dígame su merced, ya que me da licencia de que hable, ¿cómo piensa servirse de la magia de esa figura, haciéndose Conde-Duque, o buscando tesoros?

LIÉBANA.- ¡Miren, qué preguntas hace la niña! ¿Y si te dijera que aún no lo he pensado? ¿Qué harías tú, de estar en mi puesto?

ÁNGELA.- No sé... creo que encontrar algún tesoro, y luego cuando ya fuera rica, vería de ser Conde-Duque.

LIÉBANA.- También podría ser antes que nada Conde-Duque y, en siéndolo, ya me haría rico con cuatro firmas.

ÁNGELA.- Sí, también.

LIÉBANA.- Las dos vías son buenas, ya lo ves: todos los caminos llevan a Roma.

ÁNGELA.- De todas maneras, yo cogería primero el tesoro.

LIÉBANA.- Es claro, puesto que no sabes firmar.

ÁNGELA.- ¿Es que piensa que no aprendería? Si me hiciera falta, bien pronto había de aprender, no soy ninguna boba.

LIÉBANA.- **(Que, tras hacer el cuadrado, ha doblado el papel por la diagonal y ha pintado una recta a lo largo de ella sin llegar a los vértices.)** Esto va limpísimo. **(Aplica nuevos patrones, muy pequeños, triangulares y semicirculares, y pinta en torno a ellos.)** Si, creo que yo también iré antes al tesoro, que más vale pájaro en mano que ciento volando, como se suele decir.

ÁNGELA.- ¡Hágalo así, hágalo así, señor! Mire que no hay cosa en el mundo como meter las manos hasta el codo en un cofre bien repleto de doblones de oro.

LIÉBANA.- Lo dices como si ya lo hubieses experimentado, muchacha.

ÁNGELA.- Montones de veces lo he hecho, aunque sólo haya sido con el pensamiento. Y mi madre, qué le diré. Cuando el tesoro de marras que resultó ser piedras, habíanos de ver a las dos, amasando monedas con las manos en el aire, sin apartar los ojos de aquellas maldecidas cestas cerradas y cosidas.

LIÉBANA.- Y cuando así hacíais, ¿no os entraba por los brazos arriba como un deleitosísimo calor que venía de aquel oro que imaginabais tocar?

ÁNGELA.- Calor, y fuego, y fuerza, y el paraíso todo se nos subía por los brazos y por el cuerpo, ay.

LIÉBANA.- Cuidado, no vuelques el frasco. Pues si así sentíais con sólo la imaginación, qué no será cuando ese gozo sea real y verdadero. Ahí tienes, si la sabes ver, una alta enseñanza que pocos alcanzan, y es la grandísima fuerza mágica que el oro tiene. Piensan los necios que un tesoro no es sino mucho dinero con que comprar casas y mulas, y no echan de ver la parte sobrenatural del negocio, que es la fuerza que comunica al dichoso que lo tiene. Y con esa fuerza, hermana, ya es más fácil hallar otro tesoro, y con la fuerza de los dos juntos, más fácil aún encontrar el tercero, y así arreo *per in saecula saeculorum*, de manera que puedes llegar a ser más grande que los mismos reyes, como lo son en el día de hoy los banqueros genoveses y en otro tiempo fueron los Fúcares, y todo porque en vez de gastar su primer oro en vino y comilonas, lo aprovecharon mejor beneficiándose de la magia que en él había para hacerle parir más y más oro, a la manera de Dios nuestro Creador Padre.

ÁNGELA.- ¿Dice que, en teniendo un tesoro, luego es cada vez más fácil el tener otros?

LIÉBANA.- Eso es, hija. Eso he querido decir. **(Contempla su obra.)** Loado sea el Señor, y qué bien ha resultado. Sólo queda escribir adentro en buenos caracteres latinos y hebreos lo poco escrito que ha de llevar, y eso es cosa segura y llana para esta mano de arúspice que Dios me dio.

ÁNGELA.- ¿Qué es un arúspice?

LIÉBANA.- ¿Un arúspice? ¿Es que todo lo has de preguntar? Ya te lo diré luego, si te portas bien... Un arúspice es un hombre meritísimo, que todo lo hace bien por divina inspiración, ¿lo entiendes? Estamos llegando a la cima y conclusión de la faena y te advierto que, en cuanto termine mi labor, te has de tender desnuda con el pantagrama encima para comprobar su poder.

ÁNGELA.- Ni por pienso haré yo tal, búsquese a otra.

LIÉBANA.- ¿Y dónde he de buscarla, di? ¿He de ir pregonando lo que hago?

ÁNGELA.- Hágalo con niños, como la otra vez. **(Corta pausa.)** ¿Y no tendría yo parte en la ganancia?

LIÉBANA.- Deja que termine, que ya hablaremos y se hará lo que sea menester. **(Se pone a pintar de nuevo, ahora sin patrones.)**

ÁNGELA.- **(Tras una corta pausa.)** Ya le digo que lo haga con niños. (LIÉBANA **no contesta, escribiendo despacio**.) ¿Por qué no lo hace con niños?

LIÉBANA.- Los niños son charlatanes, y tú eres ahora un niño, recién comulgada como estás. **(Prosigue con su escritura.)** ¿Por qué piensas, si no, que te he traído?

ÁNGELA.- Ah, para eso me hizo comulgar. Pues yo no voy a hacer esas bellaquerías aquí sola sin que mi madre...

LIÉBANA.- **(La interrumpe, sobresaltado.)** Alguien viene.

ÁNGELA.- Quien sea, viene corriendo. Ay, madre mía. **(Suenan pasos precipitados que se acercan. Deja el frasco de pintura en el suelo y a toda prisa se levanta y corre hacia un chal o toquilla que se echa por encima de la camisa sin dejar la vela.** LIÉBANA**, sin reaccionar, permanece de rodillas, con las plumas en la mano, mirando a la puerta que alguien intenta abrir sin conseguirlo. Se oye la voz de** MARÍA MARTÍNEZ**, madre de** ÁNGELA**, que llama angustiada al tiempo que golpea con la mano.)**

VOZ DE MARÍA.- ¡Don Jerónimo! ¡Don Jerónimo, abra! Angélica, ¿estás tú ahí? Abre, hija, por Dios, que viene la justicia, sal de ahí, que no te cojan. Ángela, ¿me oyes? **(**ÁNGELA **ha corrido a la puerta, y quita un leño que la atrancaba; se franquea el paso y entra** MARÍA MARTÍNEZ**, mujer cuarentona y ajada, desgreñada y con la ropa propia de sus faenas domésticas como criada de casa humilde. Está muy asustada, y su miedo se contagia de inmediato a los otros dos.)**

MARÍA.- Pero, ¿qué haces así, en camisa y con esa vela? ¿Dónde está la ropa? **(La ve amontonada sobre un trasto cualquiera, y la coge a toda prisa.)** Anda, vámonos, corre **(Se detiene.)** No, no puedes salir así, no te vea alguien. Toma, póntelo enseguida, deprisa, pero dame acá esa vela, que estás pasmada **(Se la quita de la mano, la sopla y la echa al suelo, junto a** LIÉBANA **que, aturdido, está recogiendo torpemente sus útiles mágicos.)** A saber lo que estarías haciendo aquí con este desdichado. (ÁNGELA **se está vistiendo la falda y el corpiño.)** Óyeme, si te preguntan, tú no has estado aquí para nada, ni has visto a este hombre en toda la mañana, ¿me oyes?, di, ¿me estás oyendo?

ÁNGELA.- Sí, madre.

MARÍA.- De ahí, que no te saquen. Tú no le has visto desde ayer, cuando pusiste la cena a él y a su hermano, ¿me oyes?

ÁNGELA.- ¡Que sí, no estoy sorda!

MARÍA.- ¡No contestes, que te cruzo la cara! ¡Cuánta falta te ha hecho la correa de tu padre!

LIÉBANA.- Pero, dime, María, ¿qué es lo que has visto? ¿Es verdad lo que dices, o es que quieres asustar a la muchacha para sacarla de aquí?

MARÍA.- ¡Ay, señor Jerónimo, qué bien que le vendría que sólo fuera eso! Ya me lo dirá cuando le lleve a la cárcel su comida, ya me lo dirá, que aún lo hemos de ver, como ya le vieron en Zaragoza, paseando las calles en un asno con el verdugo mosqueándole las espaldas.

LIÉBANA.- Qué dices ahí, pecadora. De eso hace mucho tiempo, yo era casi un muchacho. ¿Cómo sabes que vienen en mi busca?, ¿quién te lo ha dicho?

MARÍA.- Los he visto entrar en la casa con estos ojos, y he venido mientras hablaban con su hermano. **(A su hija, que se está calzando.)** ¿Terminas o no? ¡Qué es para hoy!

LIÉBANA.- Vendrían por otra cosa.

MARÍA.- Sí, como que no tengo yo orejas para oír. Vamos, vamos de aquí, corre.

(Salen las dos mujeres, a toda prisa, dejándose la puerta abierta. LIÉBANA **las ve partir y, tras una breve vacilación, se aplica a recoger sus cosas con toda rapidez. Mira dónde esconder el enrollado pantagrama con los patrones, plumas y tintero; y opta por ocultarlos entre los trastos de un rincón. Aparta algo, coloca en el hueco sus mágicos instrumentos, y procura acomodar de nuevo lo antes apartado, de manera que tape perfectamente el escondite. Mientras está en ello se oyen múltiples pasos que se acercan rápidamente, y una voz estridente le sobrecoge.)**

VOZ DE UN GUARDIA.- ¡Aquí, en esta cámara! **(Se estremece** LIÉBANA**, se azora y no acierta a componer el escondrijo.)**

VOZ DEL ALGUACIL.- Está la puerta de par en par, pero echa una ojeada, por si acaso.

(Asoma un GUARDIA **a la puerta, ve a** LIÉBANA **y vuelve la cabeza al exterior.)**

GUARDIA 1º.- ¡Aquí está el pájaro, escondiendo el nido!

(**Entran de inmediato el** ALGUACIL **y otro** GUARDIA.)

ALGUACIL.- Date preso, amigo. ¿Qué escondes ahí? Veámoslo. **(Aparta el obstáculo y toma la piel enrollada, que extiende.)** ¿Esto qué es?

GUARDIA 1º.- ¡Hechicerías!

GUARDIA 2º.- ¡Te van a arder las barbas, brujo!

GUARDIA 1º.- Las barbas y todo lo demás.

ALGUACIL.- **(Por la mesa, en que aún se hallan los objetos del culto.)** Ahí celebras tus misas, ¿no es cierto?

(El GUARDIA 1º **levanta en alto la dalmática, mostrándola a los otros.)**

LIÉBANA.- No, no... yo, no... Es mi hermano, que es cura... Esta casa es suya...

ALGUACIL.- Tu hermano dice la santa misa en más decente lugar, no en un camaranchón. Tiene su capilla en su alcoba, y allí está ahora pidiendo a Dios por ti, que bien lo has menester. Ponle los cordeles, Martín, que nos lo llevamos. **(Al otro.)** Y tú, tráete la figura esa pintada y los papelicos, y cuida no se te caiga alguno, que son piezas de convicción para el proceso.

GUARDIA 1º.- ¿Y si tuviera peligro en llevar en la mano estos hechizos?

ALGUACIL.- No seas majadero, son embelecos para engaño de bobos. Vamos.

LIÉBANA.- **(Ya con las manos atadas a la espalda.)** Yo, señores, no he de salir de aquí sin antes ver a mi hermano. Sírvanse llamarle, que es cosa de importancia.

ALGUACIL.- **(Asiéndole por las ropas y zarandeándole fuertemente.)** Tú, pícaro, vendrás por buenas si no quieres hacerlo a bofetones y cintarazos, ¿me has oído, perro? ¿Eh? **(Le suelta con un empujón.)**

GUARDIA 2º.- **(Empujándole a su vez en sentido contrario.)** Pasito, señoría, que me cae encima.

ALGUACIL.- Afuera con él. Vámonos.

GUARDIA 2º.- **(Cogiendo a** LIÉBANA **por un brazo y saliendo con él.)** Camina, brujo de aguachirle, que vas a estar como un obispo.

GUARDIA 1º.- **(Al alguacil.)** ¿Le dirá a su hermano que nos lo llevamos?

ALGUACIL.- **(Saliendo el último.)** Ya se lo dirá Su Ilustrísima, yo no tengo esa comisión.

(Salen los tres. Oscuro lento.)

Escena II

Aposento de blancas paredes y negras vigas. También están pintadas de negro las maderas de la cerrada puerta y del entreabierto postigo de la ventana cuyas vidrieras se hallan igualmente cerradas. Sobrio mobiliario compuesto por una mesa o escritorio con un sillón detrás y dos sillas delante, un armario librería con pocos y desvencijados libros y alguna banqueta o bufete adosados a la pared. En las sillas que hay ante la mesa están sentados, uno frente a otro, LIÉBANA y un CURA que podrá tener unos cincuenta años y que aparece silencioso, con gesto preocupado. Ambos apoyan los pies en la tarima de un gran brasero que hay entre ellos.

EL CURA.- En fin, creo que me voy a ir.

LIÉBANA.- Espera un poco más, que venga el doctor Enríquez. No puede tardar, ya tendría que estar aquí.

EL CURA.- Eres tú quien quiere hablar con él, no yo.

LIÉBANA.- Pero yo no puedo estar aquí solo, este aposento es el del alcaide de la cárcel. Si me han traído aquí, es porque ha de venir Su Excelencia a verse conmigo y porque, en tanto que llega, tú me acompañas.

EL CURA.- Pues, de no estar yo, ¿dónde esperarías?

LIÉBANA.- En el patio o en la sala. Quédate un tantico, aquí se está bien y don Juan Enríquez ya estará al llegar.

EL CURA.- Esperaré un poco, si es tu gusto.

(Pausa larga.)

LIÉBANA.- ¿No dices nada?

EL CURA.- Harto he dicho, y no me escuchas. **(Corta pausa.)** Cuando venga ese señor, pídele perdón por haberle llamado y di que lo hiciste por un escrúpulo que te vino a la cabeza y que ya has desechado. No lleves esto adelante, que estarás mil veces peor de lo que ahora estás, créeme, por Dios.

LIÉBANA.- ¡Lindo consejo! Que me conforme a ir a galeras, cuando tengo en la mano la salvación.

EL CURA.- ¿La salvación? Pero, ¿es que no ves, desdichado, que con cada embuste nuevo te vas embrollando más?

LIÉBANA.- ¡Yo no digo embustes! Yo digo siempre la verdad pura y limpia, y el que no me crea, de mentecato hace. Y lo mismo te digo a ti.

EL CURA.- Ah, dices siempre la verdad. Y cuando dices ser cura con títulos falsos, también dices verdad. Y los tesoros que encuentras, también verdad.

LIÉBANA.- En la apelación se verá eso. En la apelación se ha de ver si digo verdad o no.

EL CURA.- Pero, majadero, ¿qué me estás diciendo a mí? ¿No soy yo tu hermano?, ¿y no has vivido en mi casa estos últimos años hasta que viniste a dar en la cárcel? ¿No he sido yo acaso el primero al que engañaste con tus maldecidos tesoros, ni he visto el negro altar que me adobaste en el cuarto trastero?

LIÉBANA.- **(Se llena de dignidad y suficiencia.)** Para la ciencia de la magia que yo poseo, el rito de la misa es lo que importa, y no quien lo celebra. Si dije ser un cura, fue para que cuatro ignorantes no perdiesen la ganancia que necesitaban, asistiendo a ella sin recogimiento ni respeto. Y tocante a los tesoros, más vale callar, más vale callar, porque tendríamos que sacar a colación tu avaricia y tu sandez.

EL CURA.- Bien que me has sacado mis pobres ahorros, con el cuento de que iría a la parte en las riquezas que habías de hallar, pero no te lo tengo en cuenta, que al fin eres mi hermano y te ves como te ves.

LIÉBANA.- Me veo bien cerca del carro de la Fortuna, si Dios no me deja de su mano.

EL CURA.- ¿Y dices que yo soy el avaro y el sandio? Miren, el fiscal que me ha salido. Por los huesos de nuestro padre, Jerónimo, deja ya tus delirios y locuras y redúcete a tu estado verdadero. Considera lo que ha sido tu vida, siempre perseguido cuando no encarcelado, azotado y galeote. No te eches encima más de lo que tienes, deja en paz a los grandes y poderosos, que son gentes de muy pesada mano. Esos no harán caso de tus fantasías y más vale así, porque si lo hacen será peor.

LIÉBANA.- ¿Peor? ¿Peor dices, hermano? Si de nuevo me han condenado a galeras, ¿qué suerte peor me puede venir?, ¿que me ahorquen, tal vez?

EL CURA.- Esperemos la apelación, todavía queda esa esperanza.

LIÉBANA.- La apelación es una rutina que siempre se hace, y nada más. Puro embeleco procesal, si lo sabré yo.

EL CURA.- Pues, ¿no has dicho hace nada que en la apelación se vería si dices verdad?

LIÉBANA.- Eso fue mera retórica de coloquio, hablar por hablar.

EL CURA.- **(Tras corta pausa.)** En fin, en galeras no viviste tan mal... Tú me has contado que con tu cargo de pañolero vivías descansado y hasta ganabas algún dinerillo...

LIÉBANA.- Sí, pero me escapé y me han cogido. ¿Piensas que a un huido le van a devolver a su empleo? Ahora me espera el remo, y con mi edad y mi salud no duraré mucho. Tengo un triunfo en la mano, y por Dios que lo he de jugar. Loco sería si no lo hiciese, según tú me aconsejas.

EL CURA.- En el remo estarás unos meses, pero no más. No hay en las galeras muchos que sepan de letras y números, y un empleo te han de dar, aunque ya no te permitan salir a comisiones ni pasear el puerto a tu antojo, como antes hacías. Pero tendrás vida descansada y segura, que es lo que más te conviene y lo que ahora debes mirar.

LIÉBANA.- ¿Vida descansada y segura? ¡Oh, hermano, y qué mal me conoces! ¿Me tomas acaso por un cura de misa y olla igual que tú? Yo nací para volar, y he de hacerlo bien alto, tú lo has de ver y me habrás de pedir perdón por lo mal aconsejado que me tienes.

EL CURA.- Por lo que toca a mis consejos, bien tranquila tengo la conciencia, pues son discretos y prudentes, y mirando a tu bien o, cuando menos, a que tus males no sean mayores.

LIÉBANA.- Cuado me veas rico y honrado por todos, echarás de ver lo errado que estás.

EL CURA.- ¿Piensas acaso pedir a don Juan Enríquez de Zúñiga que te haga soltar a cambio de buscarle algún tesoro?

LIÉBANA.- De mucho más cuidado y gravedad es este negocio, como que atañe a personas altísimas, las más encumbradas de estos reinos, y no digo más, que esto es cosa de gran secreto y no puedo ir pregonándolo, sino decirlo tan sólo a quien lo tiene que oír.

EL CURA.- Sí, eso ya me lo has dicho antes, y tan sólo con oírte me has hecho temblar. Acuérdate de esto que te digo yo ahora, no quieras envolver a los grandes personajes en tus embustes, mira que el envuelto puedes ser tú.

LIÉBANA.- ¿Otra vez a vueltas con mis embustes? No es posible hablar contigo, siempre venimos a parar en lo mismo.

EL CURA.- Es cierto, tienes la cabeza más dura que una piedra. Contigo no valen la razón ni la prudencia.

LIÉBANA.- Si supieras lo que yo sé, bien seguro estoy que no dijeras eso, pero mi boca está muda. Cuando sea el tiempo de decírtelo, lo sabrás y me darás la razón.

EL CURA.- ¿Y ese tiempo, cuándo llegará?, ¿cuando ciertos planetas lo señalen en el cielo?

LIÉBANA.- Cuando yo te lo diga, entonces habrá llegado.

EL CURA.- Y en tanto que esperamos que llegue el señor alcalde mayor, ¿no querrías confesarte conmigo para descargar tu alma de ese peso, y ese conocimiento que te agobia quedará sellado en mi pecho bajo secreto de confesión?

LIÉBANA.- ¿Que me agobia? Pero, si es mi esperanza y mi fortuna, ¿cómo me ha de agobiar? ¡Ay, hermano, y cuán mal estás en la cuenta, que no entiendes nada!

EL CURA.- Entiendo tus malos pasos, y que cada vez te hundes más.

LIÉBANA.- Calla, creo que alguien viene.

(Discretos golpes en la puerta. Sin esperar respuesta, ésta se abre al tiempo que se porten en pie LIÉBANA **y** EL CURA**.** EL ALCAIDE **sostiene abierta la hoja, haciendo entrar al alcalde mayor de Cuenca,** DON JUAN ENRÍQUEZ DE ZÚÑIGA**, que viste de severo paño negro con la cruz de caballero al pecho y cuello blanco; aparenta una edad mediana y es de modales reposados y corteses. Se adelanta, quitándose el sombrero al dirigirse al sacerdote.)**

EL ALCAIDE.- **(Al tiempo que abre.)** Aquí está el preso con su hermano. Pase, señor.

ENRÍQUEZ.- **(Destocándose.)** ¿Da su licencia, padre?

EL CURA.- **(Saliéndole al encuentro.)** No la ha menester, señor, que aquí no estamos sino sus criados.

ENRÍQUEZ.- **(Tras besarle la mano.)** Pensaba verme a solas con su hermano, según él pidió, pero me huelgo que esté su reverencia delante, pues su presencia allanará la plática y dará autoridad a las confidencias que el preso quiere hacer.

EL CURA.- **(Muy turbado.)** Yo, en verdad pensaba en retirarme al punto, pero si Su Excelencia quiere que me quede, no tengo de hacer sino servirle y honrarme con ello.

ENRÍQUEZ.- Yo seré el honrado, téngalo por cierto. **(Al** ALCAIDE**, que ha quedarlo junto a la puerta)** Ya puede dejarnos, y cuide que nadie escuche lo que aquí se hable.

EL ALCAIDE.- Así lo haré, Excelencia **(Se inclina y sale, cerrando la puerta.)**

(DON JUAN ENRÍQUEZ **toma una silla y la pone ante el brasero**.)

EL CURA.- **(Señalando al vacío sillón.)** ¿Y no se sentará a la mesa, señor?

ENRÍQUEZ.- **(Sentándose en la silla.)** No, reverencia, sino aquí, que tengo harto frío y pienso que junto al brasero me remediaré mejor.

LIÉBANA.- **(Que ya tenía ganas de decir algo.)** Se nos ha echado el invierno encima, Excelencia.

ENRÍQUEZ.- **(La severidad de su tono contrasta con el hasta ahora empleado.)** Eso ya lo sé. Sin duda me ha hecho venir para decirme algo más. Tengo poco tiempo, así que no me hable del invierno, y vaya a su cuento con pocas palabras. Diga lisa y llanamente por qué me llamó.

LIÉBANA.- Le llamé en servicio de Su Majestad, señor.

ENRÍQUEZ.- Bien, bien, ese fue su recado y por eso estoy aquí. ¿Qué servicio es ese?

LIÉBANA.- Prevenir de un hechizo que se ha hecho para disponer de la voluntad y albedrío del Rey don Felipe, que Dios guarde.

ENRÍQUEZ.- ¡Estáis de burla, por Dios!

EL CURA.- Hermano, mira lo que dices.

LIÉBANA.- Harto mirado lo tengo en estos días de encierro y cavilación, y sé bien lo que digo.

ENRÍQUEZ.- ¿Queréis decir que tenéis en vuestra mano la voluntad del Rey? Pues que sea enhorabuena, y que él os haga rico y poderoso, amigo. (**Al** CURA.) Estoy hecho a oír sandeces y ya no me espanto de nada, pero ésta de su hermano es la más necia y disparatada que me han dicho. (**A** LIÉBANA) ¿Y en qué consiste el servicio que haréis a Su Majestad? ¿Os abstendréis liberal y generosamente de beneficiaros de vuestro poder a cambio de que os ponga en libertad? ¿Es eso lo que pensáis?

LIÉBANA.- Yo no tengo ese poder, señor. Lo tiene otro.

ENRÍQUEZ.- ¡Ah! ¿No hicisteis vos ese hechizo?

LIÉBANA.- No, Excelencia. Lo hizo un mago francés muy gran sabio, el doctor Guñibay. Yo sólo fui su ayudante porque así me lo mandaron.

ENRÍQUEZ.- ¿Os lo mandaron? ¿Quiénes?

LIÉBANA.- Los que hicieron venir de Francia a monsieur Guñibay para que hiciese la ligazón del Rey nuestro Señor.

ENRÍQUEZ.- ¿Y quiénes eran? ¿No lo sabéis?

LIÉBANA.- El marqués de Valenzuela era el principal, aunque a él no le vi en persona, sino a sus amigos y servidores don Marcos de Figueroa, Juan Bautista Quijada, el licenciado Gabriel García y un Pedro Bautista a quien yo conocía y que fue quien me llevó a los otros.

ENRÍQUEZ.- ¿Así que acusáis al marqués de Valenzuela de haberse apoderado de la voluntad del Rey por medio de la magia? ¿Y desde cuándo goza de ese valimiento?

LIÉBANA.- El hechizo fue hecho hará cuatro años, pero su efecto no empezará hasta el 6 de agosto del año que ha de venir. Entonces acometerá a Su Majestad una pasión de ánimo que ha de desviar y torcer su natural inclinación y bien pudiera ser que acompañase alguna enfermedad en su persona que le haga padecer.

ENRÍQUEZ.- ¡Ah!... **(Se queda un instante suspenso, y abandona el tono irónico.)** ¿Y en qué consiste el hechizo? Quiero decir, ¿cómo fue hecho? ¿Lo recordáis?

LIÉBANA.- Punto por punto, señor. Fue hecho en Málaga, en el año del Señor de mil y seiscientos veintisiete, por el tiempo de verano, y duró muchos días.

ENRÍQUEZ.- ¿Muchos días? No creí que se necesitara tanto tiempo para una cosa tal.

EL CURA.- Serán sin duda majaderías, Excelencia, o alguna burla que hicieron a este bobo.

LIÉBANA.- (**Sin hacer caso al** CURA.) Señor, un hechizo ruin puede ser hecho en un periquete por un mago de tres al cuarto, pero los más perfectos y poderosos requieren mucho tiempo y cuidado, y también mucho gasto.

ENRÍQUEZ.- Veamos cómo fue ese, que es el que importa.

LIÉBANA.- Lo primero fue hacer el Libro Sacro, que tenía cincuenta hojas de las que diez eran de pergamino virgen y las otras de papel y, en él escribió con tintas de colores el doctor Guñibay las oraciones y conjuros que habían de ser dichos. Puso al libro unas tapas de terciopelo verde, y en la hoja última firmamos todos con sangre que nos sacó de un dedo. También se prepararon cuantos instrumentos se habían de necesitar, que haciendo memoria y por escrito podré decirlos, aunque así de improviso me acuerdo de bastantes, como el gran candelabro de los siete brazos que salían todos de un tronco, todo de cera virgen; un paño de holanda con un pantagrama que traía pintada una Verónica y que yo no conocía de libro alguno; tintas diversas y plumas de abubilla y cisnes para escribir; muchas clases de hierbas, como eléboro, cicuta, helecho, artemisa y otras; huesos de animales distintos y de niños no bautizados; sangres de pichones, corderos, abubillas y otros animales; perfumes de mil clases, como estoraque, menjuí, almizcle, incienso, ámbar... y también cuanto hace falta para hacer lumbre: pajuelas, eslabones y yescas, carbones de varias clases de árboles, y lo preciso para fundiciones, corno braseros, moldes, tenazas, crisoles...

EL CURA.- Abrevia, hermano, por tu vida, no canses a Su Excelencia, que él ya sabe lo que se precisa para hacer lumbre.

ENRÍQUEZ.- No, no, adelante, amigo, no tema cansarme, y diga todo cuanto le venga a la memoria, que por los detalles podamos colegir la importancia del negocio. Siga, siga.

LIÉBANA.- Digo, pues, que se juntaron todas estas cosas y otras que me acordaré Dios queriendo, y también quince onzas de oro y unas ochenta de estaño, con las que se habían de fundir unas figuras o estatuillas, así congo túnicas de tafetán para vestirlas cuando estuvieran hechas. Todos estos instrumentos fueron preparados con gran cuidado, en las horas planetarias marcadas por el libro, y con los ritos y conjuros que en él estaban escritos. Cuando todos ellos estuvieron dispuestos, nos preparamos nosotros mismos, y por espacio de setenta y un días hizo cada uno el conjuro que Guñibay le señaló, puesto en pie sobre un pantagrama que pienso que era el Atanatos o el Mirach Cados, que tienen poder para hacerse obedecer de los espíritus. Así lo hicimos a la hora del planeta que cada uno invocaba, con una vela de cera virgen encendida y muchos sahumerios de incienso y estoraque. ¿No le canso, señor?

ENRÍQUEZ.- No, no me cansa. ¿Dice que eso lo hicieron por setenta y un días?

LIÉBANA.- Ni uno menos, en Dios y en mi ánima. La fundición de las figuras se había de hacer en un jueves señalado, por ser el día de Júpiter, que es el planeta que preside el poder de los reyes. Cuando llegó el día, tras ayunar el miércoles entero, nos juntamos todos en un aposento a las doce de la noche, encendimos las siete velas del candelabro, y el licenciado García puso los braserillos y los crisoles con los metales encima de un pantagrama pintado en el suelo, que era sin duda el Verchiel, se revistió con los ornamentos sacerdotales, perfumó los braseros y formuló los conjuros del caso, que leía en el Libro Sacro. Luego vació en los moldes las imágenes empezando por la de oro, que era la que tocaba al Rey y había de ser para el marqués de Valenzuela, de manera que fuese él quien se alzase con la privanza del reino. Todo el jueves estuvimos labrando figuras en los moldes, una de oro y cinco de estaño. La del Rey tenía una ropa rozagante, estaba en una como peana, y tenía en una mano un mundo y en otra dos llaves pequeñas: las otras imágenes eran de estaño y estaban desnudas. A las tres de la mañana del viernes terminamos el trabajo aquel que a todos nos hacía sudar, y nos fuimos. Yo me llevé la llave del aposento, pero apenas pude dormir un poco, pues a las ocho de la mañana ya estaba allí de nuevo, yo solo, para pulir las figuras y vestir a las de estaño con sus túnicas de tafetán.

ENRÍQUEZ.- ¿Y cómo sabían que la figura de oro era la del Rey?

LIÉBANA.- En esa condición se fundió, señor, y sobre eso estaba caracterada.

EL CURA.- Pues por las dos llaves, bien podría ser el Papa.

LIÉBANA.- ¡Por Dios, el Papa! ¡Cómo se echa ver tu ignorancia y que nada sabes ni conoces de los caracteres regios de los libros arcanos!

ENRÍQUEZ.- Bien, dejemos eso y prosiga, si algo queda por añadir.

LIÉBANA.- Queda, Excelencia, lo más principal y aún principalísimo, que fue el conjurar a los espíritus y el ligarlos a las imágenes. Todo aquel viernes también ayunamos y, en llegando las doce de la noche, volvimos todos a ponernos en el círculo del pantagrama, cada uno con una figura en las manos. El doctor Guñibay llevaba la de oro, y antes de los conjuros nos previno que no nos espantásemos ni tuviésemos miedo alguno, pues los espíritus habían de entrar en el aposento con forma y apariencia de pájaros nocturnos, o pudiera ser como toros, o como granos de azogue. Y así fue, porque al cabo de hora y media de conjuros, muchos murciélagos muy grandes volaron sobre nosotros sin haber tenido por donde entrar, quetodo estaba cerrado.

ENRÍQUEZ.- ¿Murciélagos grandes dice, y con todo cerrado?

LIÉBANA.- Así fue, señor.

EL CURA.- Demonios del infierno eran, bien manifiesto está.

ENRÍQUEZ.- Por su vida, señor mío, pase adelante y diga lo que pasó cuando así aparecieron los espíritus.

LIÉBANA.- Volaron por encima de nuestras cabezas, bajo el techo del aposento, y luego desaparecieron sin que supiésemos cómo ni por donde, igual que habían entrado.

EL CURA.- Dios te castigará, hermano, por ese comercio impío con los ángeles malos.

LIÉBANA.- Más bien pienso que la Divina Providencia quiso que yo estuviese allí para desbaratar los planes y designios de los que traicionaban a su Rey, nuestro señor don Felipe que Dios guarde. Pero quiero seguir con mi relación si Su Excelencia me lo permite, que ya falta poco para el remate.

ENRÍQUEZ.- Siga, siga y acabemos.

LIÉBANA.- Digo, pues, que así que aquellas alimañas nocturnas se desvanecieron y terminó la ligazón, que serían sobre las cinco de la mañana, el doctor Guñibay abrió un cofrecillo que allí había, y que estaba hecho con madera de olivo y muy bien chapado de hierro, y en él metió las seis figuras ya ligadas, envueltas en un paño de tafetán verde en el que había pintado caracteres en distintos colores. También metió en el cofre el paño con el pantagrama de la Verónica, el Libro Sacro, y diferentes hierbas y perfumes. Lo cerró con llave, y luego cada uno de nosotros clavó un gran clavo en el borde de la tapa del cofrecillo, para mayor seguridad. Rompimos luego y quebramos el candelabro y todos los instrumentos, desgarramos las vestiduras que nos habíamos puesto y pantagramas que habíamos empleado, quemamos las hierbas y perfumes que sobraron, y todos los pedazos y cenizas, junto con la llave del cofre, se metieron en un pellejo, y Pedro Bautista los echó al mar con una pesa.

ENRÍQUEZ.- ¿Y el cofre lo tiene en su casa el marqués de Valenzuela?

LIÉBANA.- No, señor, en ninguna manera. El hechizo hace su efecto donde quiera que el cofre se halle, y en su casa no haría sino comprometerle. El cofre está enterrado, señor mío, yo le diré cómo. El sábado, después de la media noche, yo mismo fui a la casa vacía y tomé el cofrecillo bajo el brazo, así como un reloj, una linterna, y un papel con un conjuro que Guñibay había dejado para mí. Tras la puerta esperé a que llamase un hombre al que jamás había visto. Se llamaba Francisco Jiménez, y traía una mula cargada con dos cántaros de agua, piedras, cal, arena y recado para amasarlas. Los dos nos fuimos a la Caleta, y allí el Francisco cavó un hoyo hondo, en tierra que nunca había sido rota, descargó su mula, montó en ella y se fue a Granada, me dijo, a llevar al marqués de Valenzuela, que estaba en esa ciudad, una carta en que se le decía que todo el negocio estaba hecho. Se partió y yo esperé a que se alejase: luego, tomé el papel con el conjuro, lo leí y lo quemé. Puse entonces el cofre en el hoyo, lo tapé con las piedras, mezclé la argamasa y la extendí encima. La tierra sacada del hoyo la esparcí sobre todo el lugar, que se disimulase el sitio, y en él puse dos o tres piedras como si allí estuviesen de suyo, pero a mí me aclarasen el lugar, por no olvidarlo si quiero volver allá. De esa suerte, sólo yo sé donde está enterrado el cofrecillo del hechizo.

ENRÍQUEZ.- Vos y el Francisco Jiménez que hizo el hoyo, a poco que se acuerde.

LIÉBANA.- Mal podrá acordarse, pues pienso que es muerto.

ENRÍQUEZ.- ¿Cómo es eso?

LIÉBANA.- Al otro día, que era domingo, en la santa iglesia me despidió don Marcos en voz baja, y en el coloquio me dijo que el tal Francisco no parecería más, y así fue; por eso sospecho que secretamente le mataron.

EL CURA.- ¡Ay, hermano mío, cómo pudiste unirte a tan mala gente!

LIÉBANA.- No eran ninguna gentuza de la germanía, sino personas principales.

ENRÍQUEZ.- En todas partes crece la mala hierba. Y dígame el señor Jerónimo, ¿ha dicho a alguna persona, o relatado, cosa tocante a este negocio?

LIÉBANA.- Su Excelencia es el primero en saberlo, que aunque siempre quise denunciarlo, nunca tuve propicia ocasión.

ENRÍQUEZ.- ¿Ni siquiera al señor Carrillo ha hecho esta declaración, pese a ser el gobernador eclesiástico y estando su delito bajo su jurisdicción?

EL CURA.- Así es, hermano, a él debiste encomendarte.

LIÉBANA.- Al señor don Miguel Carrillo mandé el mismo recado que a Su Excelencia, y también al inquisidor Frías, y ninguno hizo caso, ni contestó, ni dio razón alguna.

ENRÍQUEZ.- ¿Qué les mandó a decir? Mire si puede recordarlo puntualmente.

LIÉBANA.- Les pedía que me oyesen despacio, que tenía que declarar cosas tocantes al servicio del Rey.

ENRÍQUEZ.- ¿Y es posible que no contestaron nada?

LIÉBANA.- Ni un suspiro, Excelencia.

EL CURA.- Sin duda pensaron que serían embustes y mentiras para librarte del castigo o dilatarlo.

ENRÍQUEZ.- En mediando el servicio del Rey, esa sospecha no puede bastar para que se excuse la necesaria averiguación.

LIÉBANA.- Averígüese, averígüese, señor, y cuanto yo pueda hacer por ayudar y conllevar la carga de las pesquisas, téngase por hecho y cumplido y acabado, que no hay en este cuerpo ni la menor partícula que no sea honradísima hija de Su Majestad.

ENRÍQUEZ.- Pues conserve, amigo, conserve esa feliz disposición, y que todos los fieles súbditos del Rey nuestro señor podamos decir otro tanto. Hoy mismo he de ver, Dios queriendo, al corregidor don Luis Lasso de Mendoza, y le quiero contar por menudo todo cuanto aquí he oído, así no se podrá decir de los cargos del Rey que somos tan descuidados como los de la Iglesia. Entre tanto, vaya haciendo memoria y escriba en papeles todo lo que se acuerde de estos sucesos, que no se le quede nada traspuesto y olvidado, mire que esa declaración escrita ha de ir a manos muy altas.

LIÉBANA.- Yo lo haré de bonísima gana y con la mejor letra del mundo, señor. No he de levantar cabeza hasta dar cima a mi labor, por los huesos de mi buen padre lo juro.

ENRÍQUEZ.- (**Al** CURA.) Que lo haga así, padre, vigile que no se descuide, que puede haber prisa. **(Se ha levantado, y le imitan los otros.)** Yo veré al corregidor, y muy de seguro que ambos vengamos a examinar de nuevo al buen Jerónimo, y ya le advierto que vendremos con escribano, con que cuide que lo dicho hoy y lo que escriba en el papel se concierte con lo que diga cuando aquí vuelva. **(Se dirige a la salida.)**

LIÉBANA.- **(Se le adelanta para abrirle la puerta.)** No me quitará el sosiego ese cuidado, señor, que la verdad es sólo una.

ENRÍQUEZ.- ¡Oh, por Dios, y cómo llueve!

LIÉBANA.- ¡Parece granizo!

(Suena el ruido del trueno.)

EL CURA.- **(Se santigua.)** ¡Jesús! ¡Tormenta en este tiempo!

ENRÍQUEZ.- Sí, harto tardía viene, y repentina y furiosa que no hay más que ver.

EL CURA.- ¡Qué oscuro se ha puesto!

LIÉBANA.- ¡Que no nos alumbre un rayo!

(Oscuro.)

Escena III

Interior de un coche cerrado. Se trata de un carruaje amplio y con la relativa comodidad que estos vehículos tenían en la época: aún no se usan cristales en las ventanillas, sino cortinas de cuero, que ahora están abiertas en tal medida que permiten la entrada de la luz e impiden el curioseo desde el exterior. Tres personajes se balancean en sus asientos, traqueteados por el paso de las mulas. Es el primero don Gaspar de Guzmán Acevedo y Zúñiga, o bien don Gaspar de Guzmán y Pimentel, que esta variedad permite a la sazón la libertad en el uso de los apellidos familiares: es el tercer Conde de Olivares y, desde seis años atrás, primer Duque de Sanlúcar la Mayor, por lo que comúnmente se funden los dos títulos en la denominación de CONDE-DUQUE DE OLIVARES**: el hombre se acerca a la cincuentena con una ya manifiesta gordura, faz sanguínea, corta melena, amplios mostachos de enhiestas guías y ancha perilla; semiabraza a su inseparable muletilla de la que cuenta el vulgo maravillas, y que ahora reposa a su lado, dispuesta para el servicio. Frente a él, el protonotario de Aragón, su gran amigo y confidente** DON JERÓNIMO DE VILLANUEVA**, algo más joven, enjuto y de severo aspecto. Junto a éste, silencioso y abrazado a un cartapacio, el ya conocido** DON JUAN ENRÍQUEZ DE ZÚÑIGA**. El valido y el protonotario tratan asuntos de Estado, al tiempo que revuelven crujientes papeles.**

OLIVARES.- (Agitando un papel, tras darle una ojeada.) ¿Pero ha visto, don Jerónimo? ¿Que también los de Sigüenza se me han de encampanar? ¿Lo ha visto?

VILLANUEVA.- No se encolerice, que no hay para qué. La patochada de esos canónigos más es para reír que para enojarse.

OLIVARES.- Pues les he de tirar de las orejas.

VILLANUEVA.- Para mí que no han hecho sino imitar a los del obispado de Sevilla.

OLIVARES.- Pero, ¿no es de admirarse que tanto se queje el clero del estanco de la sal?

VILLANUEVA.- ¡Y quién no se queja!

OLIVARES.- Yo no lo entiendo, la verdad sea dicha. Hemos suprimido a cambio el impuesto de millones, y luego ha resultado que con el estanco de la sal recauda la hacienda de Su Majestad la mitad de lo que se esperaba. ¿Cómo sazona esta gente sus comidas?

ENRÍQUEZ.- Si me permiten Sus Excelencias, desde el estanco acá, todos gastan mucha menos sal que antes.

OLIVARES.- Quieren sus comidas sosas y desabridas mejor que pagar al Rey, ¿no?

ENRÍQUEZ.- Así parece, señor.

OLIVARES.- Los castellanos pagan más de lo que pueden, mientras que otros reinos sólo dan lo que ya le daban al Rey Fernando. Lo bueno del estanco de la sal es que a todos toca por igual.

VILLANUEVA.- Y los vizcaínos protestan de que va contra sus fueros.

OLIVARES.- Sus fueros nada dicen de la sal. Yo los he leído bien despacio, y ni la nombran siquiera. **(Se detiene el traqueteo del coche.)** Hemos llegado, don Jerónimo. Prepare la sesión que no dure mucho, o se nos irá el día. Que los informes sean bien cortos y claros, y el que nada tenga que decir que no consuma turno. Yo vendré a la hora en punto.

VILLANUEVA.- ¿Sabe si escuchará Su Majestad por la ventanilla?

OLIVARES.- Últimamente nunca lo hace, pero bien pudiera hacerlo hoy. En tocando asuntos de guerra, se le enciende la noble sangre.

VILLANUEVA.- Siendo tan notoria su inclinación por la guerra abierta contra Francia, parece temeraria la oposición a ella de hombres como Chumacero y don Diego del Corral y tantos otros. Vuestra propia Excelencia no apoya mucho la idea del Rey.

OLIVARES.- El Rey quiere la guerra, pero también la teme, y a mí me pasa otro tanto. Acuérdese lo contentos que entramos en la guerra de Mantua y lo tristes que de ella salimos, si es que acaso hemos salido, porque con un hombre como ese cardenal francés que lleve el diablo, nunca se sabe si se está en guerra o en paz.

VILLANUEVA.- ¿Piensa que esta tarde se resuelva la cuestión?

OLIVARES.- Me temo que habrá muchas más sesiones, y al final se resolverá según sople el último viento. En fin, don Jerónimo, lo dicho: breve y claro, que el tiempo se aproveche. Yo vendré puntual.

VILLANUEVA.- Así se hará. Queden con Dios, señores. **(Se baja del coche, saliendo de escena.)**

ENRÍQUEZ.- (**Al tiempo que** OLIVARES.) Él le guarde, Excelencia.

OLIVARES.- Bien, señor don Juan. Si no recuerdo mal, es alcalde mayor de Cuenca, ¿no es cierto?

ENRÍQUEZ.- Así es, señor.

OLIVARES.- Yo, después de comer, me acuesto un rato, aunque sin dormir. Tenemos los minutos que tardaremos en llegar a mi casa, y espero que me diga en qué consiste esa conjura de hechizos de que hablaba su aviso. Ya ve que no tengo ocasión ni aún de rascarme la barba, y el coche viene a ser mi despacho y oficina para no perder el precioso tiempo que empleo en trasladarme. Créame que no comprendo a los que me envidian, un día que estuviesen en mi puesto bastaría para desengañarles.

ENRÍQUEZ.- El gigante Atlas sostenía en sus hombros el peso del mundo, y vuestra Excelencia el de nuestra Monarquía, que casi es decir otro tanto.

OLIVARES.- ¡Ay, señor Enríquez, si yo pudiera mañana mismo retirarme a la oscuridad de mi casa y dejar estos cuidados y trabajos en las manos de quien los quiera tomar! ¡Cuántas veces habré pedido a Su Majestad que me permita retirarme al sosiego de mis tierras de Loeches, a recordar el latín y el toscano de mi juventud, disfrutando de mis libros!

ENRÍQUEZ.- Pone la fama su biblioteca entre las mejores de Europa.

OLIVARES.- Más de cuatro mil y quinientos libros impresos, y los manuscritos pasan del millar, según la relación que me ha hecho mi bibliotecario Rioja. En las materias de Historia y de política, no veo que ninguna la aventaje, pero cojea mucho en humanidades modernas, ahí está su flaco. En fin, dejemos esto, por más que sea tema tan de mi gusto, y vengamos a esos hechizos que aquí le han traído desde Cuenca.

ENRÍQUEZ.- **(Por su cartapacio.)** Aquí viene la declaración escrita del testigo que todo lo presenció y a quien varias veces examiné con muy amplios interrogatorios.

OLIVARES.- Jerónimo de Liébana.

ENRÍQUEZ.- ¿Sabe su nombre Vuestra Excelencia?

OLIVARES.- Venía en el apunte que mandasteis al solicitar esta audiencia.

ENRÍQUEZ.- ¡Extremada memoria, señor!

OLIVARES.- No me podría valer sin ella, según la multitud y variedad de asuntos y noticias que a diario me bullen en la cabeza. Pero pasemos adelante: ese Liébana, ¿no es un pícaro y embaucador escapado de galeras?

ENRÍQUEZ.- Ciertamente, Excelencia; pero vea que si fuese un hombre bueno y honrado, no hubiera podido presenciar los hechos que testifica, pues no le hubiesen llamado a participar del delito.

OLIVARES.- Ya, ya. ¿Y sólo por eso hemos de fiarnos de ese bergante?

ENRÍQUEZ.- ¿Y por qué nos habríamos de fiar? Bien pudiera ser que cuanto ha dicho no sean sino patrañas, pero más vale prevenirse y estar alerta por si fuera cierto.

OLIVARES.- Así que, de decir ese hombre verdad, podríamos atajar el mal: y si no, nada se habría perdido.

ENRÍQUEZ.- Yo, señor, por nada del mundo querría molestar a Vuestra Excelencia ni distraer su atención de los gravísimos negocios que de continuo ofrece la gobernación del reino, y mucho he pensado y cavilado antes de dar este paso; pero en considerar las novedades y mudanzas que podrían sobrevenir, y la preciosa salud de Su Majestad que tal vez peligrase, y las públicas calamidades que como plagas de Egipto caerían sobre todos los españoles si la privanza diese en manos poco limpias, créame que no dormía de noche ni sosegaba de día, así que me encomendé a Dios y me resolví a dar cuenta de lo que sé, aún perturbando a Vuestra Excelencia en sus grandes trabajos y a riesgo de pecar de impertinente y majadero.

OLIVARES.- No, don Juan, sino de avisado y prudente os señala esta diligencia; que en materia que atañe al Rey, no se han de mirar temores vuestros ni molestias mías, pues el servicio de Su Majestad todo lo suple.

ENRÍQUEZ.- Así es en todo y por todo, mi buen señor, que no parece sino que mi pensamiento habla por boca de Vuestra Excelencia.

OLIVARES.- Y dígame, ¿en ese cartapacio viene escrito el memorial de este negocio con todos sus detalles e incidencias?

ENRÍQUEZ.- Aquí está la declaración de Liébana, y también los informes del corregidor don Luis Lasso de Mendoza y el mío, autenticados todos ellos por el escribano de número Juan de Pareja.

OLIVARES.- Lo leeré sin levantar mano y os haré saber lo que provea. ¿Hay alguna cosa que podáis añadir de palabra a lo aquí escrito, para su mejor entendimiento o para suplir alguna falta?

ENRÍQUEZ.- Así, de improviso... No sé, señor, tal vez sí, pero no se me ocurre...

OLIVARES.- Lo leeré, lo leeré esta noche, y si preciso de alguna aclaración o alguna glosa, ya os preguntaré.

ENRÍQUEZ.- Al mandado estoy de Vuestra Excelencia, y de Madrid no he de moverme por si quisiera servirse de mí.

OLIVARES.- Mañana mismo podrá volver por la respuesta. Venga a mi casa a eso del medio día, que si mis obligaciones no me dejasen el gusto de verle, yo haré que se le dé papel escrito con la resolución que se haya tomado.

ENRÍQUEZ.- Así lo haré, señor.

(OLIVARES **golpea con la muleta el techo del coche, y los balanceos se detienen**.)

OLIVARES.- **(Dándole la mano a besar.)** Id con Dios, don Juan. Y ya lo sabéis, mañana.

(Oscuro.)

Escena IV

Aposento privado en el Alcázar. Amplio y con iluminación discreta. Las paredes, cubiertas de cuadros entre los que es posible reconocer algunos de la primera época madrileña de Velázquez. Al fondo, la gran cama real tiene las cortinas descorridas y deja ver las revueltas ropas del lecho recién abandonado. Dos grandes braseros dorados caldean la estancia. Vestido con su camisón de dormir, un blanco paño arrollado a la cabeza y con unas pantuflas para proteger los pies de las frías baldosas, EL REY **de Ambos Mundos, don Felipe IV nuestro señor, pasea ensimismado. Algo apartados, dos bufones juegan al dado con un cubilete y se pasan de uno a otro las habas o monedas de sus pérdidas y ganancias: son los llamados** CALABACILLAS **y** DON JUAN DE AUSTRIA**, hombres de placer de la corte y más tarde inmortalizados por el capricho de unos pinceles. Junto a la cama, el** CONDE-DUQUE DE OLIVARES **está arrodillado y levanta las ropas que arrastran, buscando debajo del mueble; halla y recoge lo que busca, y se incorpora trabajosamente con el regio orinal respetuosamente sujeto con ambas manos; lo besa con unción, e inicia el mutis cojeando ostensiblemente.**

EL REY.- ¿Dónde vais, Conde?

OLIVARES.- Majestad, saco la vasija, como todos los días.

EL REY.- Dejadla ahí, ya se la llevarán

OLIVARES.- Miraba por vuestra comodidad.

EL REY.- Dejadla, os digo.

(OLIVARES**, en silencio, hace una reverencia y se vuelve para poner el orinal en su sitio de origen, arrodillándose de nuevo con contenidas quejas al doblar la pierna gotosa. Los bufones interrumpen su juego y lo miran, mirándose después entre sí**.)

CALABACILLAS.- Pues qué, ¿hoy hemos de tener los orines a la mano?

DON JUAN.- Es nuestra real voluntad, y así ha de ser.

CALABACILLAS.- Así ha de ser hecho, ji, ji, ji.

DON JUAN.- Hecho y derecho.

CALABACILLAS.- Ji, ji, ji, ji... **(Toma el cubilete y reanuda el juego.)** ¡Qué entereza, señor!

EL REY.- ¿Tan flaco soy yo de cabeza, Conde, que un brujo me tuerza el albedrío?

OLIVARES.- Vuestra voluntad, señor, está por encima de todos los brujos del mundo, pero los buenos súbditos de Vuestra Majestad temblamos de que las potencias infernales os causen alguna dolencia en el cuerpo o en el alma. Nuestra gran Monarquía es como una pirámide gigante que tiene como punta y vértice vuestra sola persona, pero que se halla invertida y de revés, de manera que toda ella descansa sobre vuestros reales hombros, y ay, de toda esa inmensa fábrica si a esos hombros los tuerce un maleficio.

EL REY.- Pero si ese tal hechizo sólo se encamina a un cambio de Ministro, más parece el peligro para vos que para mí.

OLIVARES.- ¿Peligro para mí, Señor? Descanso más bien, diría yo.

EL REY.- ¿Tanto os fatiga mi servicio?

CALABACILLAS.- (**A media voz, a** DON JUAN DE AUSTRIA.) Yo, señor, no quiero sino retirarme a mi casa, con mis libros...

OLIVARES.- Bien sabe Dios, Majestad, que el servicio no cansa, pero ambición no tengo sino de vida sosegada y oscura, en mi casa de Loeches, con mis libros y mis perros...

DON JUAN.- Déjate, Conde, déjate de libros y de perros, y aplícate a servirme como buen valido y mejor fregona.

EL REY.- (**A** DON JUAN.) ¿Qué es eso, pícaro? ¿A quién hablas?

DON JUAN.- Hablaba a don Juan de Calabazas, señor. Es un bobo que quiere irse a su casa, aunque yo no me lo creo.

EL REY.- Cuidado, tunante, no te pases de la raya y te encuentres con el bastón en las espalas.

DON JUAN.- **(Acercándose de rodillas, con cabriolas.)** ¡Huy, huy! ¡No, no, mi buen señor, que soy loco de buen natural aunque hablador! ¡Duélase del pobre loco, no haya palo!

EL REY.- **(Dándole a besar la mano.)** Pues ya lo sabes, loco, sé comedido con la lengua. **(Da besamanos al otro, que se ha acercado también.)** Y lo mismo digo a mi buen Calabacillas, que bien poco falta para que se le señale ración de mi casa.

CALABACILLAS.- ¿Cuándo tendré esa ventura, Majestad? Mire que no vivo si no es a su servicio.

EL REY.- ¿Tan mal te trata el señor Cardenal-Infante? Por Dios que le he de reñir.

OLIVARES.- Vuestra Majestad deberá considerar con más cuidado lo que le he dicho, pues el torcer su voluntad pudiera llevar algún quebranto del cuerpo o de las potencias del alma, y mire si esto no es de principalísima importancia.

EL REY.- ¿Creéis que debo preguntar a mi confesor?

OLIVARES.- Se corre el riesgo de que lo tome a risa como si fuesen supersticiones vanas, y no se haga nada.

EL REY.- Esto de los hechizos es cosa muy confusa, Conde. Para unos es nonada, y para otros lo peor del mundo.

OLIVARES.- La buena política es apercibirse siempre para lo peor, Majestad.

EL REY.- Eso hace un miedoso, no un César.

OLIVARES.- Señor, ya que lo ha mentado, Vuestra Majestad recordará que el gran Julio César tenía sumo cuidado de todo este linaje de augurios, hechizos y brujerías, según dice Suetonio. Y otro tanto hacían los Cipiones y Aníbal: y no digamos Alejandro el Grande, que sentaba a su mesa a más nigromantes que generales.

(EL REY **se queda meditabundo, y** CALABACILLAS **aprovecha la pausa para profundizar en el tema. A** DON JUAN DE AUSTRIA.)

CALABACILLAS.- Y dígame el señor don Juan de Austria, ¿no llevaba Vuestra Alteza en su Valera alguna bruja vieja y pedorra, cuando hizo la guerra con el turco?

DON JUAN.- No lo dude, amigo. La bruja Calabazas la llamaban, y era por más señas la señora madre de un loco que es criado del infante don Fernando, de nombre Calabacillas, no sé si lo conocerá su merced.

CALABACILLAS.- Le engaña la memoria, señor mío, acuérdese: el loco que dice se llama don Juan de Calabazas por su padre, según es público y notorio, en tanto que don Juan de Austria, ji, ji, ji, ya sabe, vino al mundo sin nombre alguno, como que fue parido por una puta tudesca, ji, ji...

EL REY.- **(Irritado.)** ¡Don Juan! (**Ambos bufones se sobresaltan y miran al soberano con el ánimo suspenso. A** CALABACILLAS.) A vos, a vos os digo, harto de ajos, taimado, ruin, ¿cómo te has atrevido a nombrar a una noble señora que ya es muerta?

CALABACILLAS.- Era sólo una chanza para este compadre, señor, que acá andamos algo picadillos...

EL REY.- Vais a hacerme enojar, cucarachas. Jugad y no alborotéis (**Vuelven los bufones a sus dados, y el REY, tras mirarles unos instantes con benevolencia, se dirige a** OLIVARES.) En fin, Conde, si la prudencia nos manda tomar en consideración esos hechizos o brujerías que ha denunciado... ¿cómo se llama?

OLIVARES.- Liébana, señor, Jerónimo de Liébana.

EL REY.- Pues bien, temeremos los Idus de Marzo, yo como Rey y vos como Ministro. ¿Se va a llamar a un más poderoso hechicero que revoque y deje sin efecto lo decretado por el otro?

OLIVARES.- En eso medito estos días, Majestad.

EL REY.- Meditad amigo mío, meditad profundamente, que es negocio ese muy enrevesado y grave y requiere todo el consejo posible. Veamos, venga acá el señor Calabacillas, lléguese a mí. **(Mientras** CALABACILLAS **se le acerca.)** Y haga otro tanto el señor don Juan de Austria, que precisamos ahora de su buen juicio más que de su espada invicta. Quiero proponerles una cuestión: si tuviesen noticia de un hechizo que alguien ha dispuesto por darles pesadumbre, ¿cómo harían? (**Se sienta en el borde de la cama, y los bufones lo hacen en el suelo, frente a él.** OLIVARES **permanece de pie. A** CALABACILI.AS.) Vos primero, que sois nuestro huésped.

CALABACILLAS.- Pues, señor, bien llano es: en haciendo quemar al hechicero, fuera penas, que como todos dicen, muerto el perro se acabó la rabia.

EL REY.- Pero es el caso que al tal hechicero no se le puede echar mano. ¿Cómo haríamos?

DON JUAN.- Quémense al punto todos los hechiceros y hechiceras, brujas y brujos, magos, nigromantes y adivinos en todos los estados y reinos de la Monarquía, de suerte que no haya lugar ni aldea sin hoguera en que se quemen todos cuantos tengan fama de ello, que cuando el río suena, agua lleva y la voz del pueblo es la voz de Dios. Que toda España sea una humareda de esos chicharrones, y verá Vuestra Majestad que se acaban los hechizos, ligazones y maleficios para siempre jamás.

EL REY.- (**A** OLIVARES.) ¿Qué decís, Conde? ¿Os parece que si hubiésemos pedido dictamen al Consejo de Castilla o al de Estado, hubieran sentenciado de muy distinta manera que mi loco?

OLIVARES.- Señor, se da el caso de que este hechizo que dice Liébana lo hizo un mago francés que se volvió a su tierra una vez terminada su labor.

EL REY.- **(A los bufones.)** ¿Qué respondéis a eso, pícaros? No me pidáis que queme a los brujos franceses, mi hermano Luis los escondería bajo el gran manto rojo de su cardenal.

CALABACILLAS.- Señor, si el rey de Francia os manda hechiceros que os maleficien, ya no habéis de mirarle como al esposo de vuestra hermana ni al hermano de vuestra esposa, sino como a mortal enemigo al que mover una justísima guerra.

DON JUAN.- Mande Vuestra Majestad sus tercios invictos contra ese mal aconsejado rey y cúbrase con los gloriosos laureles que sus abuelos conquistaron combatiendo al francés con menos motivo y poder que el Rey mi señor. En oyendo que se acercan las cajas y atabales de los soldados españoles, hemos de ver que el señor de Richelieu se remanga su sotana colorada por correr con más desembarazo, y por Dios que compondrá una extremada figura.

CALABACILLAS.- Ya sólo falta la elección y nombramiento del maestre de campo general que saque a campaña los ejércitos de Su Majestad, y los lleve a tan señalada victoria y triunfo tan famoso, y aquí digo y propongo que sea mi buen compadre, el rayo de la guerra don Juan de Austria, el designado para esa comisión que le va que ni pintada, según es su destreza en el manejo de toda clase de armas de cocina y aparador y su reconocida experiencia en el mando y dirección de ejércitos de volátiles, con tal que se hallen desplumados y espetados en los oportunos asadores.

DON JUAN.- Señor, no escuche las chanzas ruines de un menguado que no mira por la gloria de su Rey, sino atiéndame a mí, que soy de más despejado entendimiento, y póngase Vuestra Majestad al frente de sus soldados, que si ellos ven que delante de ellos marcha el propio Rey Planeta, para mi santiguada que cobren tales bríos que no haya picas ni murallas que les hagan parar si su señor no se lo manda.

EL REY.- Que Dios te oiga, galán. ¿Qué decís, Conde, de estos leales consejeros? ¿No son harto más gustosos y mejores que ese apocado de don Diego del Corral, tan temeroso de la guerra y fiel contador de las pagas de franceses y españoles? Nunca he visto yo al dios Marte representado con una bolsa de escudos para pago de sus peleas y victorias, ni parece decente ni honrado que la gloria se compre con dineros.

OLIVARES.- Ay, Majestad, los dineros son principalísimos, así en la guerra como en la paz.

EL REY.- Ya, ya sé que hay que pagar las picas y mosquetes, y pagar las soldadas, y pagar los cañones y las bestias que los lleven, y pagar los bastimentos y municiones de boca y de fuego, y los intereses de los genoveses que adelantan esos gastos, y tantas otras cosas que hay que pagar, y pagar, y pagar. No hay pensamiento elevado que al punto no lo eche a tierra la bolsa de un mercader. ¡Oh, Conde, en qué ruines tiempos me ha tocado reinar!

OLIVARES.- Eso dilata y aumenta la gloria de Vuestra Majestad y tiene no poca parte en su entrada en los libros de la Historia con ese apelativo de Felipe el Grande que por sus heroicos hechos merece.

CALABACILLAS.- **(Al otro bufón.)** Aprenda su merced cómo se habla a los reyes.

DON JUAN.- Yo lo anoto y aprendo, que bien pudiera servirme para alcanzar una privanza.

EL REY.- Hola, pícaros, ya basta de desvergüenzas. Vayan a la antesala y avisen al barbero que pase a hacerme la barba. Pero volando, bribones. **(Larga un puntapié al trasero del más próximo, y ambos hombres de placer se apresuran hacia un lateral.)**

OLIVARES.- ¿No me permitirá Vuestra Majestad que sea yo quien se honre ejerciendo ese oficio?

EL REY.- Muy solícito andáis, Conde. Haced vuestro gusto. **(Sale** OLIVARES **al encuentro del barbero, que se inclinaba ante la puerta al abrir él, y le recoge la bacía, paños y demás útiles de su menester con la desenvoltura de quien ya lo ha hecho en otras ocasiones.)** Acabaréis por ganaros también la ración del barbero. **(Se sienta en una silla y** OLIVARES **le rodea con un gran paño blanco.)** Vamos, Conde, hablad, estoy esperando.

OLIVARES.- ¿Esperando, señor? **(Le encaja la bacía bajo el mentón.)**

EL REY.- Sí, algo queréis. Decid, ¿tanto os asusta el hechizo para quitaros mi favor?

OLIVARES.- **(Removiendo la brocha en la bacía para obtener espuma.)** Señor, si algo vale mi vida es por el favor de Vuestra Majestad. Si perdiera vuestra amistad y estimación, más me valdría estar muerto.

EL REY.- ¿No basta con ahorcar a ese fugado de galeras?

OLIVARES.- Mucho me temo, Majestad, que el hechizo seguiría surtiendo efecto como si nada.

EL REY.- Por Dios, no puedo sufrir el pensamiento de que un brujo villano y malnacido pueda tener poder para torcerme a mí la voluntad. Haced como os cuadre, pero que eso no ocurra. Y el pícaro ese que participó en la trama, que no escape.

OLIVARES.- **(Enjabonando las mejillas reales.)** No escapará, Majestad.

(Oscuro.)

Escena V

Sacristía del convento de San Plácido. Al fondo, un par de altos cirios flanquean la pintada tela de Velázquez que representa a Cristo muerto en la cruz. A los laterales, puertas que comunican respectivamente con la iglesia y con la clausura. En medio, una gran mesa sobre la que alumbra un candelabro de plata de tres o cuatro brazos, provista de algunas cajas de dulces y juego de licoreras y copas. Junto a la mesa, OLIVARES **ocupa un gran sillón, y juguetea con su muletilla mientras parece reflexionar. Junto a un lateral,** VILLANUEVA **habla en voz baja a una monja y termina despidiéndola con un leve ademán de la mano; ella se inclina y sale por la puerta junto a la que se hallan.** VILLANUEVA **se acerca a la mesa, frente a** OLIVARES**, que le interroga.**

OLIVARES.- ¿Todo en orden?

VILLANUEVA.- Ya no queda en la iglesia casi nadie. He dicho a mi hermana que cuando se vayan todos, mande a una monja que haga subir al presbiterio a nuestros dos amigos y los pase acá.

OLIVARES.- Así ha de ser, no es menester que doña Elvira se vea envuelta en este negocio tan delicado, cualquier monja lo hará y serán menos a saberlo. ¿No habrá de esperar mucho?

VILLANUEVA.- Ni mucho ni poco, don Gaspar. **(Se dirige a tomar una campanilla que hay en la mesa.)** Haré que le den aviso de que los pase al punto.

OLIVARES.- **(Deteniéndole con un ademán.)** No, no, dejad, no precipitemos las cosas. Si usamos de la discreción de este sitio para el encuentro, y excusando la presencia de la priora por que la cortesía no me obligue a dar explicaciones, no lo echemos todo a doce por cuestión de un poco de paciencia. No hay que llamar la atención haciendo pasar en público gente extraña a esta sacristía. Esperemos.

VILLANUEVA.- Señor, no puedo sufrir que hombre tan ocupado y agobiado como Vuestra Excelencia esté esperando así, de esa suerte.

OLIVARES.- Esperemos. **(Pausa.)** Vuestra hermana doña Elvira ha resultado ser la autoridad que esta casa necesitaba.

VILLANUEVA.- Hay quien le censura su demasiado apego a las figuras y ornamentos y el excesivo gasto que hace en alarifes y pintores.

OLIVARES.- ¡Ah, don Jerónimo! De vos mismo habláis, como que sois quien ha de aflojar el cordón de la bolsa. El patrocinio de un convento es una escalera para el cielo, amigo mío, pero un pozo para los dineros.

VILLANUEVA.- Cuando era priora doña Teresa de la Cerda se gastaba menos.

OLIVARES.- Se gastaba menos, puede ser, pero pasó lo que pasó. Más vale la tranquilidad del presente, aunque los maestros Pereira y Ricci labren y pinten a vuestra costa, creedme.

VILLANUEVA.- Sin embargo, no soy yo quien ha costeado los pinceles de Diego Velázquez. Están las pobres monjas que no viven por averiguar a quién se lo han de agradecer.

OLIVARES.- Agradézcanselo al cielo, y así no hay miedo a que yerren.

VILLANUEVA.- Unas piensan que ha sido don de Su Majestad, otras que de Vuestra Excelencia, y todas me acosan por que lo diga, cual si yo a la fuerza lo hubiera de saber.

OLIVARES.- En la jornada del Juicio Final se ha de aclarar todo, que ha de ser grandísima colada. **(Se oyen unos suaves golpes en la puerta.)** Mirad, ya parece que quieran entrar. Pase quien fuere.

(Se acerca a la puerta VILLANUEVA**, al tiempo que se abre desde fuera y una monja introduce a** ENRÍQUEZ **y a** LIÉBANA**. Ambos entran y hacen reverencia. Ella también la hace, y sale, cerrando la puerta de nuevo.)**

OLIVARES.- Adelante, señores, adelante, o mejor adelante el señor Liébana que es quien ha de quedarse, pues los otros me van a hacer la merced de aguardar en la iglesia, rezando o paseando según su inclinación, hasta que sean avisados de que entren a estar con nosotros.

ENRÍQUEZ.- Por mi parte, estoy enteramente al servicio de Su Excelencia.

VILLANUEVA.- (**A** ENRÍQUEZ) Salgamos, señor, que yo le haré ver los primores que nos están haciendo en cúpula y retablos.

ENRÍQUEZ.- Se ve mucho andamio y aparato.

VILLANUEVA.- Subiremos con unas velas y verá una Anunciación extremada, amén de otras muchas preciosidades.

(Salen los dos.)

OLIVARES.- Bien, Liébana, acercaos. **(Con la muleta, le detiene cuando ha llegado a la proximidad deseada. Pausa.)** Así que vais diciendo que en vuestra mano está que yo siga o no siga en el favor del Rey.

LIÉBANA.- **(Intimidado.)** ¿Yo, señor? Mire que no soy sino su esclavo, fiel como un perro a todo su servicio.

OLIVARES.- ¿A mi servicio, belitre? ¿Y en qué puedes tú servirme, di?

LIÉBANA.- **(Ganando aplomo.)** En cuanto sea menester, señor, no importa en qué materia, yo estoy aparejado y dispuesto para lo que haga falta, Vuestra Excelencia no tiene sino mandar, y verá que nunca tuvo criado tan diligente y puntual.

OLIVARES.- ¿Así que estás con buen ánimo para venir al servicio de mi casa?

LIÉBANA.- ¿Con buen ánimo, dice? Diga más bien con requetebuenísimo y aún me quedo corto, señor y dueño mío. Deme, deme a besar esas manos bienhechoras, que de hoy más por mi padre le tengo y le reputo y por su hijo obedientísimo me considero, con mi gozoso corazón puesto a sus plantas. (**Procurando arrodillarse junto a** OLIVARES.) Las manos, señor, las manos.

OLIVARES.- **(Apartándole con el extremo de la muleta.)** Paso, paso, amigo, sosiega esos amores y refrena ese ansia de servirme, mira que eres un preso, y en galeras poco servicio me puedes hacer.

LIÉBANA.- En galeras, no, señor, pero si estoy libre, puedo servir a Vuestra Excelencia como nadie podría hacerlo.

OLIVARES.- ¡Hola, hola! ¿Como nadie podría? Mucho prometes, hermano. ¿Es alarde de tu buena disposición tan sólo, o se añade alguna especial habilitad que tú tienes y los demás no?

LIÉBANA.- Lo uno y lo otro, Excelencia. Por mi amor y lealtad, y también por mis habilidades y saberes, me atrevo a señalarme como el hombre de confianza de mi señor don Gaspar, que me ha llamado hermano y los hechos acreditarán si lo merezco.

OLIVARES.- ¿Jugamos acaso a las adivinanzas o al escondepañuelo, que yo he de conjeturar la traza de su pensamiento, y su merced me contestará frío, frío, o caliente, caliente, según se encaminen a tientas mis razones? Vamos, diga lisa y llanamente su recado, que no es mi tiempo para gastado en estos melindres. Harto hago con recibiros, pícaro, no abuséis de mi paciencia, que cuando se acaba da que sentir.

LIÉBANA.- **(Tímido, de nuevo.)** Señor, excusadme, yo pensé que os había llegado un memorial escrito con todo lo que viene al caso.

OLIVARES.- Quiero oírlo de tu boca, bergante. Quiero ver si repites delante de mi cara lo que escribiste en el papel.

LIÉBANA.- **(Tras un corto titubeo.)** La verdad es sólo una, Excelencia. Escrita está y de palabra puedo repetirla igual que un niño de la doctrina, que por Dios, no soy hombre que se desdiga de lo ya dicho.

OLIVARES.- **(Enarbolando unos papeles que hay sobre la mesa.)** ¿Así que os ratificáis en lo que aquí hay declarado, lo confirmáis y repetís?

LIÉBANA.- Me ratifico, confirmo y repito, señor. Ya digo que la verdad es una y está en el Cielo, junto a la boca de Dios.

OLIVARES.- ¿Y habrás de porfiar, y yo habré de creer, que la voluntad del Rey nuestro señor está en las manos de cuatro pelagatos, y ellos disponen del albedrío real? ¿Es para creída tal majadería?

LIÉBANA.- Mire Vuestra Excelencia que no es libre disposición del albedrío de Su Majestad, sino tan sólo en una singular materia como es la elección de valido, y aún en esto la decisión ya es hecha y no puede contradecirse ni cambiarse, sino que por fuerza ha de ser el señor Marqués de Valenzuela y no otro, pues así se ha dispuesto en un hechizo que es el más fuerte y poderoso que han visto los nacidos, y en poco tiempo que pase se ha de ver si digo o no digo verdad, sino que entonces será tarde para poner remedio. **(Corta pausa.)** Yo, señor, así es como lo tengo dicho y declarado con todos sus detalles y accidentes, y no es culpa mía si el escribano no lo ha puesto en los papeles con la debida claridad. Nadie es dueño de la voluntad de nuestro señor el Rey sino el hechizo mismo, y tan sólo en el punto especialísimo que tengo dicho, y no más.

OLIVARES.- ¿Y el tal hechizo sólo lo puede invalidar y romper el brujo francés que lo hizo, o nos puede hacer el servicio cualquier hechicero español que esté más a mano?

LIÉBANA.- Tanto como cualquiera no diría yo, pero si Vuestra Excelencia se dignara servirse de este su fiel criado, pienso que no habría de quedar descontento.

OLIVARES.- ¿Os sería posible servirme al tiempo que bogáis al remo?

LIÉBANA.- Si por sólo mi buena voluntad pudiera ser, no sólo al remo, sino muerto en mi sepultura os habría de servir. Pero los trabajos y diligencias en que habré de ocuparme me impondrán la necesidad de moverme libre y desembarazadamente, viajar y gestionar con inmunidad y, en fin, emplearme en vuestro servicio con soltura y libertad.

OLIVARES.- No es poco lo que pedís. ¿Cómo convenceríamos a los señores inquisidores para que fíen de que no escaparéis?

LIÉBANA.- No es la Santa Inquisición quien ahora tiene mi causa, sino el tribunal eclesiástico de Cuenca, que no hará sino lo que mandéis.

OLIVARES.- Ya, ya. Y así todo viene como de molde, ¿no es cierto? Bien pensado lo tienes...

LIÉBANA.- Pensado y mil veces repensado cuanto pueda ser en servicio de Vuestra Excelencia, señor.

OLIVARES.- Y yo te lo agradezco, buen Liébana, yo te agradezco esa disposición y por ella he de hacerte merced. (Mientras se deja besar la mano) Dime, ¿estás bien atendido y alojado en Madrid en los días que aquí llevas en espera de esta audiencia? ¿Estás satisfecho y contento de tu vida en la Corte?

LIÉBANA.- ¿En la Corte dice mi señor? Diga más bien en el Cielo, que tal es la vida que aquí llevo. Me alojo con el doctor don Juan Enríquez, compartimos aposento en la calle de las Carretas, me sienta a su mesa, vamos juntos a misa, a sermones, a comedias, al Sotillo y a las huertas, academias y convites, con sus amigos me lleva y agasaja, y si pajaritas del campo boqueo, al punto están en mi plato.

OLIVARES.- Carceleros y guardianes como ese nos dé Dios.

LIÉBANA.- Como discreto lo hace, que bien conoce él que en mi mano está un tan grande servicio de Su Majestad como es el conservar para sus reinos el buen gobierno, y así la honra que a mí me hace se la hace al Rey nuestro señor.

OLIVARES.- Según eso, más obligación de honraros tengo yo que él, y por Dios que no he de descuidarla. **(Retirando la mano.)** Paso, paso, no es menester más besuqueo. Ayer estuvisteis en la casa de uno de esos ricos genoveses, ¿no?

LIÉBANA.- En la del veneciano de la calle del Albo, señor. Habíamos comido don Juan y yo unos cardos en las huertas de afuera de la puerta de Alcalá, con unos caballeros sus amigos, gente muy entendida, y fuimos donde esa casa, y allí, vea Vuestra Excelencia, bebimos no menos de seis diferencias de vino.

OLIVARES.- ¿Queréis decir seis diferentes clases de vino?

LIÉBANA.- Ni más ni menos, señor: hypocrás, garnacha, hoja de guindas, calasparra, moscatel y verder. Y pese a tanto caldo como en el cuerpo teníamos, hubo en nuestra posada academia de ingenio hasta las ocho, y a fe que resultó lucida. ¡Grandes cabezas!

OLIVARES.- Y grandes vientres. **(Ríe** LIÉBANA**, y** OLIVARES **le da un coscorrón con su muleta.)** Silencio, Jeromillo. Nadie sino el Rey ríe ante mí sin que yo se lo mande.

LIÉBANA.- ¡Perdón, perdón, Excelencia, perdón!

OLIVARES.- Silencio, digo. Ya se ve que don Juan Enríquez te da harta confianza, pero yo no soy ese señor, no lo olvides. Y ahora dime, por tu vida: toda la costa de tan buena vida como te das en la Corte, ¿a cargo de quién va? ¿O es que son tus dineros los que gastas?

LIÉBANA.- Mi señor don Juan es quien corre con el gasto, como el gran caballero generoso y liberal que Dios le hizo.

OLIVARES.- Y porque, como bien antes dijiste, en honrándote a ti es al Rey a quien honra, y sabe muy bien que Su Majestad nunca deja sin premio los servicios que recibe.

LIÉBANA.- El cuerno de la abundancia es la bondad de nuestro Rey para sus buenos súbditos.

OLIVARES.- Y el rayo de Júpiter es su justicia para los malos, Jeromillo, no se nos olvide.

LIÉBANA.- Señor, ¿por qué me dice eso? Por servirle estoy yo aquí con cuanto puedo y cuanto sé, que mejor voluntad no es posible.

OLIVARES.- Eso, eso es lo principal en este negocio, la buena voluntad. **(Agita una campanilla que hay sobre la mesa, y al punto se oyen unos golpes en la puerta.)** Pase, pase. **(Se abre la puerta, y entra la monja anterior, que hace una reverencia y se detiene.)** Hermana, en la iglesia están el señor de Villanueva y otro caballero, sírvase decirles que ya pueden venir. **(La monja se dispone a salir.)** ¡Ah!, pudiera ser que hayan subido al andamio a ver las pinturas, dígales que vengan. **(La monja sale.)** Dígame el amigo Liébana, por qué en tanto tiempo como es pasado desde que se hizo ese hechizo, no se ha acordado hasta ahora de avisarlo. Ahora, cuando se halla en la cárcel, se le ocurre que puede hacer un buen servicio a la Monarquía y que le suelten a cuenta de ello.

LIÉBANA.- ¡Oh, Dios mío, lo que hay que oír! ¡Que no me he acordado de avisar! Pues, ¿quién sino yo lo denunció todo de pe a pa a los señores inquisidores y ellos no dijeron esta boca es mía? ¿Y a don Pedro Valdés, el gobernador diocesano, es que no se lo dije? ¿No le mandé recado? ¿Y qué contestó? ¡Nada, Excelencia! ¡Nada, nada, nada! Sólo don Juan Enríquez quiso verme y enterarse por menudo de todo. **(Unos golpes en la puerta.)**

OLIVARES.- Adelante, pasen, señores. VILLANUEVA, ENRÍQUEZ **y la monja, que cierra la puerta, hace una reverencia y se va por la otra.)** Bien, ya he conocido a su hombre.

ENRÍQUEZ.- ¿Y qué le ha parecido a Vuestra Excelencia?

OLIVARES.- Carne de horca, carne de horca es el tunante; pero, en fin, por sí o por no, iremos hasta el fin. Si ese hechizo puede causar algún trastorno a nuestro amadísimo soberano, no tendremos perdón si no hacemos cuanto esté en nuestra mano.

ENRÍQUEZ.- Ese, ese es enteramente mi pensamiento.

OLIVARES.- (**A** VILLANUEVA.) ¿Qué piensa, don Jerónimo?

VILLANUEVA.- Nunca sobra la prudencia, señor, por inútil que a veces parezca.

OLIVARES.- (**A** LIÉBANA.) Pues ya lo has oído, pícaro. A tu cargo queda el deshacer ese hechizo o hacer por que se deshaga, y tú dirás a don Juan Enríquez lo que necesitas para ello, que él te proporcionará cuanto sea menester.

LIÉBANA.- Excelencia, dé por salvo a Su Majestad y por consolidado su valimiento. A mi cargo queda y no haya cuidado alguno, que en manos está el pandero que lo sabrán bien tañer, pues bueno es el niño. Deme, señor, un papel no más, un papel firmado y sellado de Vuestra Excelencia con el que yo ande y viaje libremente, y todos los corregidores y cargos del reino me faciliten, den y concedan cuanto sea menester a mi comisión y yo les pida, mire que en teniendo la tal cédula en mis manos, nadie tiene ya que acordarse del famoso hechizo, que yo lo reduciré a polvo y nonada como si nunca hubiese sido en el mundo, ni conjurado ni hecho. Un papelico no más, señor mío de mi alma, y yo lo arreglaré todo, por Dios, y lo enderezaré como una vara.

OLIVARES.- **(Ríe.)** ¿Como una vara, dices? ¡Será para tus espaldas! ¿Qué dice, señor Enríquez? No se queda corto en pedir, el perillán, ¿eh? Diga el señor Liébana lo que tiene determinado de hacer para deshacer ese maleficio, o hechizo, o lo que fuere.

LIÉBANA.- Habré de viajar a Málaga, señor, y desligar el cofre para poderlo hallar y tener, y abrirlo y conjurar cosa por cosa cuanto en él está encerrado para torcer y desviar su poder, y todo ello me llevará tiempo, y trabajo y gastos, por no decir las dificultades que me podrán si no cuento con la cédula que humildemente me he atrevido a pedir a Vuestra Excelencia.

OLIVARES.- ¿Así que es en Málaga donde está la labor?

LIÉBANA.- Por fuerza, señor, puesto que allá fue hecho el hechizo y enterrado el cofre en el sitio que llaman la Caleta.

OLIVARES.- ¿Sabes, amigo, que todo eso atufa a artimaña para escapar a la justicia?

LIÉBANA.- **(Se arrodilla.)** ¿Artimaña, señor? ¿Artimaña? ¡Oh, Dios mío, Dios de misericordia, que me has subido a estas alturas para hacerme escuchar esto! ¡Así se premia y así se honra mi voluntad de servir a mi Rey! ¡Dios mío, Dios mío!

OLIVARES.- ¿Qué les parece del duelo de este pícaro? ¿Es franco y verdadero, o es fingido? Está en el lance el servicio del Rey, y no podemos juzgar de ligero.

ENRÍQUEZ.- Siendo esto lo que se aventura, yo fiaría en Liébana, pues de ser todo un embeleco suyo, sólo se perdería un galeote en el remo, mientras que si dice verdad y no le creemos, pueden perderse el reino y el Rey mismo.

VILLANUEVA.- Yo soy de parecer, señor, que se le de cuanto precise para su labor, pero sin descuidar la vigilancia.

LIÉBANA.- ¿Vigilancia?

OLIVARES.- Y muy estrecha, compadre, y muy estrecha. A Málaga irás, pero no irás tú solo. Una comisión real tendrás en torno tuyo que noche y día te cele con cien ojos.

LIÉBANA.- ¿Con tal desconfianza se premian mis servicios?

OLIVARES.- Cuando acabes tu labranza, tendrás tu cosecha. En tanto que eso llega, el premio y el castigo del Rey nuestro señor cuelgan ambos sobre tu cabeza, recuérdalo. Alégrate, o tiembla. **(Repentinamente, se oye un coro femenino que canta la Salve.)** Oh, las hermanas en el coro, ya se nos va el día. **(Se levanta del sillón y se arrodilla, con la torpeza que su pierna impedida le impone. Todos los demás le imitan. En voz baja.)** Dios te salve...

CORO.-

Salve Regina,
Mater misericordiae,
vita, dulcedo,
et spes nostra,
Salve.

LIÉBANA.- **(Sobre las voces del coro, aparte y en tono bajo.)** ¡Virgen María, sálvame! ¡Sálvame, Señora, Virgencita mía, sálvame!

CORO.- **(Su canto prosigue, mientras se va haciendo lentamente el oscuro sobre la escena congelada.)**

Ad te clamamus,
exules filii Hevae.
Ad te suspiramus,
gimentes en flentes,
in hac lacrimanrum valle.

(Se ha hecho el oscuro.)